

D. Plácido haya triunfado con la derrota del *Caudillo radical*.

—Lo digo así, porque en este caso, la derrota material, está proclamando á voces el triunfo moral del candidato derrotado.

—Ah, eso es otra cosa. ¿De modo que el triunfo es de todos? ¡Qué maravilloso! Has olvidado, empero, señalar otro triunfador que á juicio mio es el más grande, el más colosal; el más inmenso de cuantos en esta gloriosa epopeya electoral hemos triunfado.

—¿Aludes á Cervantes, nuestro incomensurable amigo? Es verdad Calínez. Perdóname su Divina Magestad esa omisión incomprendible. ¡También ha sido el suyo un triunfo de cancamacola! Está hinchado de satisfacción y es muy natural. Yá tocaremos las consecuencias.

—Yó lo que te aseguro es que se ha puesto las botas. Porque ahora Besada no dejará de obsequiarle con algo muy gordo.

—¡Que suerte de hombre! Creo y afirmo, que todo el que nace con tan gran fortuna, es indudablemente un afortunado.

—Sí, Tobálo, sí. No admite réplica tu aguda observación. Aún quedan otros triunfantes que no hemos mencionado. No cavíles en acertar sus nombres porque yó te los diré sin demora; el uno es nuestro magnífico señor Gobernador y el otro nuestro amigo del alma Braulio Moreno, así, sin don ni nada, como él quiere que familiarmente le llamemos todos.

—¡Ah, caramba! Justo, justo. Ellos también han saboreado el dulce néctar del triunfo.

—Así es, amado Tobálo, que en este delicioso juego político, todos han sido triunfos. Marcha triunfal merecemos que nos toquen, por tanto.

—¡Pues que nos la toquen, Calínez! Que estos éxitos tan poco frecuentes, bien merecen los deleites que el divino arte derrama en el espíritu de los vencedores; porque aquí, yá hemos visto que no existen vencidos.

—Uno sólo.

—¿Uno?

—Sí, uno.

—¿Cual?

—Verdejo. A D. Guillermo vencióronle la desdicha y la desventuranza. Era una dorada ilusión que en el cielo de su dicha sonreía dulcemente como ensueño feliz de sus amores políticos. Acariciante y placentera el acta presentóse un punto ante su mirada anhelosa y como luz que se apaga y visión que se desvanece fugaz y tornadiza, desapareció ráuda y ligera dejando sumido á nuestro pobre amigo en triste y acongojante infortunio.

—No digas eso, Calínez. A don Guillermo le han faltado... arrestos y corage. Di tú que si él se hubiera lanzado á la pelea ¡quien sabe! ..

—¡Fatalidad. Tobálo!

—Acaso sea.

—¿Y no conoces el rumor que circula?

—Nó.

—Fues que Besada renuncia al acta de Almería y opta por el acta de Orense.

—¡Cuerno! Ese sí que sería un colmo. ¡Vamos, no me lo digas! No creo en la verisimilitud de la especie. ¡Besada desairando á todos los importantes elementos civiles y eclesiásticos que se han agitado por él en Almería! ¿Y para eso sacrificóse á don José Bellver y á don Antonio Acosta y se ha gastado en gasolina una suma de importancia?

—Lo mismo he dicho yó. «Cuando me lo contaron, sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas.»

—Dispensa. Calínez. Yo he leído esas mismas palabras en un libro antiguo yá, pero que parece contener versos muy lindos, aunque no son modernistas.

—Sí, los escribió un tal Becquer, poeta sevillano sin melena.

—¿Y como sin melena, pudo sentir cosas bellas y expresarlas en forma primorosa?

—Es que por aquellos tiempos, no había llegado el pelo á su mayor edad, ni alcanzado el desarrollo que hoy alcanza.

—Es natural; presumo que en eso del cabello, como en todo, Calínez amigo, antes de llegar á mayor, todo ha de ser menor, si se cumple en la vida la inflexible ley del crecimiento.

—Justamente. Discurre con la misma lógica y con el mismo tino que el mejor de los Sanchos, y por ello te felicito; que no es cosa tan baladí ni tan corriente en estos embriagadores tiempos de la Era democrática, tropezar en el mundo con Sanchos que posean el acierto y el buen sentido para el difícil manejo de la cosa pública, ora en el ejercicio de sus funciones, ora en la crítica de esa misma cosa, que por ser pública es de todos y por ser de todos, es de naturaleza un tantico quebradiza y peligrosa.

—Mucho me lisonjean tus palabras.

—Ténlas por sinceras y merecidas.

—¿Y qué me dices del cometa, Calínez?

—¡Ah, el cometa! El cometa amigo mio, es un caso rarísimo de astronomía. ¿Que dirás que representa en el horizonte político?

—Un automóvil!

—Nó. Representa un acta con su cola y todo. Yó la veo, sí; esa es mi acta para muchos. Si se descuidan recibirán tremendos coletazos.

—¡Muy bien, Calínez! Superferiorímitifláticamente bien!

—¿Qué has dicho, hombre?

—Una hermosa frase modernista, que aún no ha sido rimada, pero que lo será indudablemente.

—Bien, Tobálo, te veo en camino de la inmortalidad y de la gloria.

—¡Caracoles, y que afan te ha entrado ahora en compararme con el otro!

—¿Viste al Gobernador? Con todo este ameno discurrir de cosas tan interesantes, has olvidado darme cuenta del encargo especial que te hice.